

de la belleza, que encontramos en las deliciosas pinturas de entonces, en los entrepaños, encima de las puertas, y en las entreventanas donde los mirinaques de seda rosa y los sombreros de flores, los labios enrojecidos por el afeite y el deseo, los ojos chispeantes de malicia y amor, las siluetas de los caballeros con espadín se armonizan sobre los vaporosos fondos de verdura, de misteriosos lagos, de soledades frondosas y de lánguidos cielos con el crepúsculo de la tarde.

Es siempre un gran encanto el oír charlar á aquellas criaturas tan finas, tan distinguidas, tan profundamente marcadas por todas las delicadezas y exquisiteces de los salones. Escuchemos aún al severo juez Collé:

Sus actores, en sus piezas, tienen todos algo del autor: los criados, las sirvientas y hasta los mismos campesinos llevan impreso el sello de preciosismo que se le ha echado en cara con tanta razón en sus novelas y en sus comedias. Ese estilo precioso, que depende en gran parte de la delicadeza de las ideas del Sr. Marivaux y de los delicados matices con que pintaba el sentimiento, no es á mi parecer un defecto tan grande, sobre todo en sus novelas, como el de insistir demasiado en la misma idea, el de agotarla, y de no dejarla de la mano hasta que está completamente manoseada y ajada á fuerza de repetirla.

La frase es corta, ligera y brillante; es un vestido adaptado con esmero sobre pensamientos distinguidos y afectados. Y esto no fué del gusto de todo el mundo. La Harpe hizo el proceso de semejante género creado por Marivaux y que se ha llamado *Marivaudage*. Sin embargo, no es otra cosa que un don especial de pensar mucho, de llevar muy lejos la observación, de hacer descubrimientos en el orden moral y de adaptar el estilo á esas novedades. Necesitaba una expresión nueva para exponer observaciones que hasta entonces no se habían hecho y para conservar el grado de delicadeza que tenía su ingenio. Esta delicadeza le llevó á veces demasiado lejos hasta el alambicamiento, la sutileza, el exceso, la saciedad y el análisis exagerado y llevado hasta los últimos límites; no sabe contenerse. Alambica las frases, destila el ingenio, trata químicamente la elegancia del verbo; hubiera encantado á la Scudery.

Cuando todo el mundo dice: faltar á su deber, él dice herir su deber; cuando los demás dicen: el silencio, el dice la abstinencia de las palabras. Peca por exceso de excelente ingenio; pero hay que repetir con Fenelon que el exceso es un defecto en todo, sin exceptuar el ingenio mismo.

Posee el sentido del verdadero diálogo, natural y chispeante, sin grandes párrafos, vivo, flexible, lleno de gracia ligera, amable y encantadora, muy del siglo XVIII, acomodada á aquella decoración de la vida que era una verdadera ópera con luces entre arcos de verdura, cenadores que

copiaban Watteau, Lancret ó Pater ó en salones tapizados de seda color de rosa en la que jugueteaba toda la mitología bordada y en camafeo. Simboliza lo lindo, y se comprende que en presencia de la belleza griega hubiera pensado como Querubín á lo vista de su madrina: « ¡Qué hermosa es! ¡Pero qué imponente! ». La Belleza no tiene bastante vivacidad y gracia para su gusto, y él no tenía inconveniente en reconocerlo:

Si la Belleza hablase algo á los que la admiran, si su alma animase un tanto su semblante, sería menos uniforme y más conmovedora, agradaría al corazón tanto como á la vista; pero sólo vemos lo bello y no lo sentimos. Sería preciso que la belleza se tomase el trabajo de hablar y de manifestar el espíritu que la anima.

Le falta á la belleza ese aspecto picante, ese encanto movible y flotante, ese atractivo indefinible al que se ha llamado con tanta exactitud: « No sé qué ».

Voltaire, de quien dijo Marivaux:

Ese tunante tiene un vicio más que los demás, y es que á veces suele tener virtudes.

Voltaire se vengó diciendo de él:

Es un hombre que pasa la vida pesando huevos de mosca en una tela de araña.

Es verdad: Marivaux diserta, disecca, discurre ingeniosamente y con ligereza, sutiliza y alambica. Es una « cáscara de cebolla » (Diderot) bordada con lentejuelas de oro y plata.

Un ingenio que tiene mucho parentesco como el suyo, un Séneca brillante y mundano, Paul de Saint Victor, lo ha pintado y defendido delicadamente:

... Ya no existe la sociedad voluptuosa cuyo fugitivo brillo fijó en un estilo de plata y seda. Sus personajes se han hecho para nosotros tan extraños como podrían serlo los habitantes del planeta Venus. Hemos perdido la llave cincelada de su delicado lenguaje; no comprendemos sino á medias sus elegancias y sus alambicamientos. Sin embargo, cuando el teatro hace revivir ese Eldorado de la galantería, el encanto deja sentir su influjo y se realiza el sortilegio. Bajo aquellas figuras de camafeo, corre y se estremece la vida. Volvemos á amar aquel mundo precioso, aquellas lánguidas costumbres, aquella delicada metafísica, á aquellos tiernos amantes, y á aquellas amables doncellas cuyos sutiles amores hacen pensar en los matrimonios de las flores y en sus cambios de perfumes. Lo que principalmente nos seduce en el teatro de Marivaux es su poesía romántica. De buen grado colocaríamos la escena de sus comedias en una de las islas maravillosas que escogió Shakes-

peare para marco de sus creaciones. En medio de las licencias de la literatura de la época, aparece su repertorio como un oasis donde se ha refugiado un círculo de honradas jóvenes y de discretos amantes para formar un Decamerón. De aquel tranquilo asilo se hallan desterradas las alegrías triviales y las estrepitosas carcajadas. Allí se habla á media voz y se arde á fuego lento; allí se pasea lánguidamente por aquellos laberintos de risueños dédalos. Allí resuenan los más imperceptibles latidos del corazón, como en esos paisajes de los cuentos de hadas donde se oye nacer la hierba y brotar las hojas. Flota sobre ese teatro poético cierto tinte de edad de oro. Sus enamorados parecen príncipes encantados. Sus madres y sus tías riñen y chochean como las viejas hadas. Sus jardineros y campesinos tienen la risueña estupidez de los silvanos; las criaditas graciosas reflejan como espejos, y repiten como ecos el ingenio y la belleza de sus amas. En cuanto á sus mujeres, diríase que son las hermanas de las heroínas de Shakespeare.

Y más adelante añade:

Su lengua es la de un siglo de análisis y de deleite. Descubrió los infinitamente pequeños del corazón; fijó matices, coloraciones y reflejos, que, a no ser por él, se hubieran disipado para siempre. Refinó y sutilizó sin duda; notó el suspiro, destiló una lágrima, analizó la palabra, volatilizó el pensamiento: hay que respirarle, pero no alimentarse de él. El ingenio francés dió, por su conducto, su flor de guisante y su elixir: la crema de sus elegancias se halla encerrada en su precioso repertorio. El día en que desapareciese, faltaría algo, algo frívolo sin duda, pero exquisito é irreparable.

Heliogábalo erigió un mausoleo « á los Manes de un vaso de Cristal », queriendo eternizar la memoria de las embriagueces que había procurado. La comedia de Marivaux es frágil, como el vaso del César idólatra: como él también encanta y embriaga. Pero cuidémonos mucho de no romperla; no alteremos su tradición delicada, sus ligeros manes no volverían.

Reemplacemos este vaso de cristal por un jarro de loza en que centellea el vino de Borgoña, y en el que chispean la esencia de malicia y el espíritu del vino, y tendremos al dijónés Piron.

Alejo Piron (1689-1773) es una de las más divertidas figuras de su tiempo y también de las más curiosas. Su vida ofrece poco interés y sus obras menos. Pero sus ocurrencias y frases han cruzado á través de las edades como flechas aceradas y ligeras, que tuviesen por trayectoria los siglos. Tuvo tantas graciosas ocurrencias que aún le han atri-

buido otras; sólo se presta á los ricos¹. Grimm dice de él con mucha exactitud:

Al examinarle, se ve que las saetas se entrechocaban en su cabeza, partían involuntariamente, salían atropelladas por sus labios, y que le era tan imposible no decir chistes y no hacer epigramas por docenas como no respirar.

Piron era pues un verdadero espectáculo para un filósofo, y de los más extraños que he visto. Tenía la fisonomía de un hombre inspirado que dicta oráculos satíricos, no de propia cosecha, sino en virtud de alguna sugestión extraña. En este género de combates de la lengua, era el atleta más fuerte que existió jamás. Estaba seguro de hacer reír siempre á expensas de sus contrarios. Nadie podía luchar con él. Tenía la réplica abrumadora, rápida como el relámpago y más terrible que el ataque... Los literatos no ligaban mucho con Piron, pues temían su mordacidad. Cuando estaba en alguna parte, se callaban los demás, cesaba la conversación y sólo se oían sus chistes.

Había en las venas de su familia algo del vino de Borgoña.

Tuvo un sobrino, el cancionero Bernard Piron (1718-1812), que poseyó el mismo ingenio fogoso y la misma malicia.

El tío Alejo, el gran Piron, al fin de su vida se hizo devoto, escribió poesías sagradas y tradujo en verso un *De profundis*, traducción de la que decía el abate Voisenon (tan mordaz que se le apellidaba « un puñado de agujas »):

Si en el cielo entienden de poesía, esta traducción es tan mala que le impedirá entrar en él, del mismo modo que su « Oda á Priapo » le ha impedido entrar en la Academia.

Su conversión recordaba la frase de que: el diablo, harto de carne se hizo ermitaño, porque entre su repertorio había más de una salida demasiado atrevida y que olía á chamusquina. Habiéndole preguntado el arzobispo de París si había leído su última pastoral, le respondió Piron:

— ¿ Y vos, Monseñor ?

Tenía el ingenio picante y no en balde era de Dijon, ciudad célebre por su mostaza. No lo había hurtado, porque su padre era ya un mozo alegre, cancionero local que, en su oficio de boticario, despachaba tanta sal como ruibarbo. El hijo empezó desde temprano.

Siendo monaguillo, llevaba un día la cruz en una procesión, cuando de pronto empezó á llover. Los asistentes se dispersaron y Piron hizo como los demás; pero, para correr mejor, echó el crucifijo al arroyo diciendo:

¹ Lo mismo le ha sucedido á nuestro Quevedo. En todas las épocas se le han atribuido multitud de epigramas cuentos y chistes en que ni siquiera pensó. (N. del T.)

— Anda, ya que has hecho el caldo, bébetelo.

Más tarde, habiéndose emborrachado un Viernes Santo, se excusaba diciendo :

— El día en que la Divinidad sucumbe, bien puede la humanidad no andar muy firme.

Pero lo que sobre todo influyó en su vida, por su carácter obsceno, fué su *Oda á Priapo*, una extravagancia rimada en una borrachera é indiscretamente difundida : útil lección de prudencia literaria para la juventud!

Sembraba el ingenio sin medida como desperezándose. La primera en aprovecharlo fué la provincia, pues divirtió grandemente á sus paisanos.

Vengó á su ciudad natal de una derrota en un Concurso de ballesteros en que salieron triunfantes los campeones de Beaune. Los dardos que lanzó á los vencedores fueron más temibles que los tiros de sus balistas. Cierta noche, en un teatro de Beaune, gritó un espectador :

— ¡No se oye!

Piron contestó en seguida :

— ¡No será por falta de orejas!

Tuvo que huir precipitadamente. Al día siguiente, se le vió en medio del campo tronchando cardos con su bastón.

— ¿Qué hacéis, le dijeron?

— Estoy cortando los viveres á los de Beaune.

Pensó luego en establecerse en otro punto y vino á París á tentar fortuna. Esta le prodigó sus favores con parsimonia, procurándole una plaza de copista con cuarenta sueldos diarios. Fué adquiriendo amigos, abriéndose paso poco á poco; divirtió á los salones y se divirtió al mismo tiempo.

Con Collé, Panard y Gallét, contribuía á alegrar las cenas del Caveau que fundó en 1737, en casa del tabernero Landelle, calle de Bussy.

Hasta llegó á ir á la corte con gran admiración suya. En 1732 escribió desde Fontainebleau al abate Legendre :

Los días se siguen y se parecen. Todos los días se va de caza; hay más perreras que casas; todo se vuelven ladridos de perros, toques de trompa, lluvia, viento y lodo; esto es el pan de cada día. El lunes, concierto; el martes, tragedia; el miércoles, concierto; el jueves, comedia francesa; el viernes, salve; el sábado comedia italiana; el domingo, misa mayor. Por mucho que me revienten los placeres periódicos, esta semana es bastante más risueña que la del inglés de que se habla en la *Gaceta de Holanda*. Su mujer cayó enferma el lunes, murió el martes, fué enterrada el miércoles; el viudo se volvió á casar el jueves, tuvo un hijo de su segunda mujer el viernes y se ahorcó el sábado. Esto se llama variedad, pero sólo le pasó una vez, mientras que á nosotros se nos repite cada semana. Me fastidiaría terriblemente en la corte, á no ser por el hueco de una ventana que hay en la

galería, donde me pasó algunas horas con el antejo en la mano y Dios sabe el placer que experimento al ver los que van y vienen. Si vieséis qué aire tan edificante tienen los que visten vuestro traje! Qué importancia se dan los cortesanos! Cómo se nota en los demás la alteración producida por el temor ó la esperanza! Y sobre todo; cuánta falsedad encuentran en todos ellos los ojos clarividentes! Es una maravilla. Lo único que encuentro verdadero es la fisonomía de los suizos; son los únicos filósofos de la corte; con su alabarda al hombro, sus enormes mostachos y su aspecto tranquilo, diríase que contemplan á todos los hambrientos de fortuna como á gente que corre tras de lo que ellos, á pesar de ser unos pobres suizos, han atrapado hace tiempo. Desde este punto de vista, yo me consideraba bastante suizo y ayer mismo estaba viendo muy á mis anchas á Voltaire que andaba rodando, como un guisante verde por entre aquellas olas de cortesanos que me divertían, cuando me vió. — ¡Hola! buenos días, querido Piron. ¿Qué venís á hacer en la corte? Yo hace tres semanas que estoy en ella; el otro día representaron mi *Mariana* y representarán á *Zaira*. ¿Cuándo le tocará el turno á *Gustavo*? ¿Qué tal va la salud?... ¡Oh!, Señor duque, una palabra, os andaba buscando. Todo esto dicho como una retahila mientras yo estaba allí plantado, de tal manera que esta mañana al encontrarle de nuevo le interpele diciéndole: « Muy bien caballero, y siempre á vuestro servicio! » Él no sabía lo que yo quería decir y tuve que recordarle que me había dejado la vispera preguntándole cómo estaba y no había podido responderle hasta entonces ».

No podía tragar á Voltaire, que se lo pagaba en la misma moneda y evitaba su encuentro por temor á sus chistes demasiados rápidos para él. Piron incurrió en el ridículo de compararse con el filósofo y se atrevió á decir de Voltaire :

— Él trabaja en marquetería, mientras que yo fundo mis obras en bronce. Mas que bronce era yeso bronceado.

Sus dientes no pudieron hacer mella en Voltaire; él se ponía demasiado rabioso y Voltaire le miraba desde muy alto, de modo que las flechas no llegaban.

En cambio herían de lleno á los pedantes impertinentes y los malos escritores. Dirigía contra ellos un fuego graneado; no les dejaba vivir á picotazos, acerbillándolos y revolviéndolos en la salmuera del ridículo. Uno de los más favorecidos, fué Desfontaines, el abate literario :

Cet écrivain, fameux par cent libelles,

Croit que sa plume est la lance d'Argail...

Au haut du Pinde, entre les neuf pucelles,

Il est planté comme un épouvantail.

Que fait le bouc en si joli bercail?

S'y plairait-il? Penserait-il à plaire?

Non. — C'est l'eunuque au milieu du sérail :

Il n'y fait rien et nuit à qui veut faire !.

1. Este escritor famoso por cien y cien libelos Cree tener en su pluma la lanza de Argail

También es terrible la siguiente frase inspirada por la lectura de la *Poética francesa* de Marmontel:

— Ese Marmontel es como el legislador de los judíos, que muestra á todo el mundo la tierra prometida en que no ha de entrar jamás.

Conocido es su célebre epigramá:

Ci-git qui ne fut rien,
Pas même académicien!

El sólo fué académico á medias. Fué elegido, pero su elección fué anulada por el rey á causa de la famosa oda, pecado de su juventud que pagó toda su vida y que suministró á Fontenelle una frase muy famosa ya referida en otro lugar. Pensaba mucho en la Academia, que ocupa el mayor lugar en sus preocupaciones y en sus frases occurrentes. Su ingenio vengaba á su ambición y con frecuencia con fortuna como cuando dijo este simple rasgo:

— Son cuarenta y tienen ingenio como cuatro.

Hasta había previsto los detalles de su recepción que referirá de antemano:

— Pretendo que el recipiendario debe decir: « Señores, muchas gracias » y el director debe responderles: « No hay de qué ».

Sus títulos para entrar en la Academia no eran extraordinarios: una pobre tragedia, *Gustavo Wasa* y una excelente comedia, *la Metromanía*?. Un joven llamado Damis que versifica con talento y se hace llamar Sr. del Empíreo; un viejo llamado Francaleu que versifica bastante mal; un tío que tiene por nombre Baliveau y que zurra de firme á los rima-dores; un Dorante que lee á su querida versos tomados de Damis; un poeta que se ve amenazado de ir á la Bastilla y un criado y una criada que se divierten á costa de todos estos tipos: tales son los elementos de esta célebre comedia cuyo principal mérito estriba en los detalles, en la inspiración, en la naturalidad más bien que en la intriga que se reduce á una gacetilla de la época.

Un bretón, el Sr. des Forges de Maillard, había dirigido al *Mercurio* varias poesías firmadas por la *Sta. de Malcrais*. Esta firma puso en revolución á todos los ingenios de la época que respondieron con madrigales inflamados á la linda musa de provincias y la admiración no

Plantado allá en el Pindo entre las nueve hermanas,
Parece un espantajo que guarda algún redil.
¿Qué hace el macho cabrío en tan ameno sitio?
¿Está contento acaso? ¿Tal vez piensa agrandar?
No hay tal. — Es cual eunuco en medio del serrallo
Que no goza ni deja á los demás gozar.

1. Yace aquí quien nada era,
Ni académico siquiera.

2. Hay una buena traducción castellana de *La Metromanía* debida á D. Félix Enciso Castri-llón (1804-1808). (N. del T.)

cesó hasta el día en que los redactores del *Mercurio* vieron entrar en su gabinete á un hombre viejo y feo. Tal es punto de partida de la comedia.

El verdadero mérito de *la Metromanía* está en la cantidad de excelentes versos netos, sólidos y de cuño.

Hoy semejantes versos se hallan fuera de la circulación, aunque no ha disminuido su valor intrínseco; pero en otro tiempo andaban en boca de toda la gente de ingenio.

Gracias á su amiga, la Srta. Quinault, pudo hacer representar algunas comedias en el Teatro francés: *los Hijos ingratos*, *Gustavo Wasa* (1730) del que decía Maupertuis:

— No es la representación de un acontecimiento en veinticuatro horas, sino de veinticuatro acontecimientos en una hora.

Dejemos las *Corridas de Tempe*, *El Amante Misterioso* y *Hernán Cortés*. *La Metromanía* ha hecho olvidar las demás obras, Piron lo sabía y decía:

— Es un monstruo que ha devorado á mis demás hijos.

Trabajó mucho para el teatro de la feria en colaboración con Lesage, Dorneval y Fuzelier. Dió á dicho teatro numerosos vaudevilles, algunos de los cuales, como *Arlequín Deucalión*, tienen filosofía y mérito. A continuación hablaré de este teatro de la feria que merece un capítulo aparte y de que se habla con tanta frecuencia. Piron se casó á los cincuenta y tres años con una joven que le sacudía el polvo. Tenía algunos amigos y frecuentaba las casas del marqués de Lassay, de la marquesa de Mimeure, del duque de La Vrillière, de Maurepas y de la Sra. Geoffrin. Su fin fué triste. Aquel alegre compadre tuvo miedo de la muerte, de la que pudo formarse idea anticipada en la obscura noche de su ceguera completa. Entonces eleva el tono y se eleva su alma; la edad y la desgracia le hacen respetable.

Piron se vuelve conmovedor y casi venerable á causa de su enfermedad y su arrepentimiento. ¿Quién reconocería al autor de la *Oda* en estas líneas tan tristemente resignadas?

Escribo sin ver si escribo, y abro inútilmente mis grandes ojos. Mi sobrina está á mi lado para avisarme cuando no hay tinta en la pluma. Á no ser por eso, seguiría yo escribiendo. Cuando llegó á mis manos vuestra carta, me eché con fervor á los pies del hijo de David que puso su saliva en los ojos del pobre ciego y me aprovecho con toda la ligereza que puedo de la medicina antes de que se seque.

Anacreonte terminaba en *Quinze-Vingts*¹. Sus libros han desapareci-

1. Célebre hospital de París fundado por San Luis para los ciegos. Estaba destinado para 300 enfermos, es decir para *quinze veces veinte*. A propósito de este hospital, recuerdo haber leído en un importante diario de Madrid que se había celebrado una gran fiesta en él; *Hospital de los Quince Vientos!* (N. del T.)

do; sólo se conserva el recuerdo de sus chistes ¿Piron? ¡Palabras!
¡Palabras!

Tuvo en Collé (1709-1783) un colaborador, un rival y un amigo.

Cierta día la Sra. de Tencin cantó, en su salón lleno de literatos y de amigos, con la música de *la Pupila*, una romanza.

Fontenelle, que tal vez no había oído, aplaudió y aprobó en alto grado, con la amabilidad obsequiosa y cómoda que es indiferencia disfrazada. La Sra. de Tencin le interrumpió familiarmente:

— ¡Eh! tonto de capirote ¿no veis que esto es un galimatías? — Á fe mía, dijo Fontenelle, se parece eso de tal manera á todo lo que vuestros poetas nos leen aquí todos los días, que yo me figuré que había que aplaudir.

Aquello era en verdad un galimatías, y su autor era un maestro en el género, el cancionero Carlos Collé, uno de los más fecundos escritores del siglo xviii. Conoció tres reinados, pues nació en París en tiempo de Luis XIV en 1709, el año fatal de Malplaquet, y murió bajo Luis XVI en 1783 en vísperas del desenlace que había previsto. Después de haber sido durante diez y nueve años secretario de un recaudador general de hacienda, el Sr. de Meulan, se agregó á la persona de S. A. S. el duque de Orleans, nieto del regente, padre de Luis Felipe Igualdad, y abuelo de Luis Felipe.

Tenía mucho más del regente su abuelo que de su nieto Luis Felipe. Collé fué su cancionero y el director de sus diversiones íntimas. En lo físico era un hombre de mediana estatura con una gran nariz, una peluca pequeña, cara de asombro, aspecto grave, y una alegría imperturbable y sería que se divertía con todo sin reirse de nada. Era lo que se llama un matalascallando. Por otra parte no era mal hombre, pues se decía de él: el bueno de Collé. Era sí, hombre práctico, algo interesado, según se ve en los consejos que prodiga en sus cartas á un sobrino.

Cuando el duque de Orleans le pidió que la diese su comedia algo atrevida, *la Verdad en el vino*, demostró que no en balde había frecuentado durante diez y nueve años el trato de los hacendistas: empezó por oponer algunas dificultades, pues no quería entregar aquella obra licenciosa; pero todas las dificultades desaparecieron cuando el príncipe le concedió en los arrendamientos una parte que debía producirle cien mil libras por año. En la historia del arte dramático no hay ejemplo de una pieza que haya sido tan bien colocada.

Existe una famosa biografía de Rafael en la que se halla dividida en

tres partes la vida de este pintor: en la primera, se busca; en la segunda, se encuentra, en la tercera se pierde. La carrera literaria de Collé presenta una división análoga en tres partes: en la primera se busca; en la segunda, continúa buscándose, en la tercera, se encuentra al fin: felizmente para él se encontró demasiado tarde para tener tiempo de perderse. Su primera manera fueron las canciones demasiado ligeras, lo que el llamaba « canciones y otras fruslerías ».

Tenía el ingenio regocijado. Primo de Regnard, había emparentado por elección y por afición con sus autores favoritos, como Rabelais, Marot, La Fontaine y Chapelle. Empezó por escribir obrillas ligeras por el estilo de las *Fatrasies* de Rutebenf y los *Despropósitos* de Marot. Cantaba é imitaba á los cancioneros de entonces, entre otros á cierto Huguenoz, del que decía Voltaire que sus canciones eran tan frías, que sólo servían para beber agua.

Collé editó las suyas; pero no tenemos ni tiempo ni atrevimiento para evocarlas aquí. En aquella época toda su estética cabía en esta cuarteta:

On rend la vie aimable
En passant tour à tour
Des plaisirs de la table
Aux plaisirs de l'amour¹.

Hacia vida alegre con sus amigos Piron y Panard, y sus francachelas solían terminar en la comisaría. Sin embargo debía sobrevivir á este primer período de locura. Gallé, Piron, Collé, Vadé, Panard y Laujon son nombres inseparables del *Caveau* que ellos fundaron. Ya he hablado de él en el capítulo de los poetas. Aun hoy día la campanilla del presidente es el cascabel de Collé, con un mango de ébano. El cascabel de Collé constituye una evocación viviente y ruidosa de las atrevidas coplas alegres y licenciosas que Collé difundía á profusión como tintineos de los cascabeles de Momo, en las cenas de Bagnolet, entre los discretos artesonados alumbrados por los candelabros de bronce, y los espejos que reflejaban los frascos de vino generoso, los frutereros, los rostros encendidos de los príncipes de la fiesta y de las señoritas joviales. De aquí nacieron esos pequeños duendes, me refiero á las coplas de Collé que salían luego á correr por toda la ciudad.

Como cancionero, Collé tuvo mucho éxito y no es poco honor para él el que se pueda citar á propósito de su nombre, el estribillo de Bé-ranger en su *pot-pourri* de *Adriana y Baco*:

1. Amable hacemos la vida
Pasando con gran fervor
Del placer de la comida
A los goces del amor.